

CUENTO N° 83

TÍTULO: CARLOS, EL EGIPCIO

SEUDÓNIMO: CHICOMITO

AUTOR: ERNESTO OLIVARES PERKE

CARLOS, EL EGIPCIO

Chicomito

Casualidad o no, lo cierto fue que el pequeño alcanzó notoriedad y fama de adivino entre sus familiares y amigos al anunciar y acertar, con una semana de anticipación, que su tío Alberto, quien hasta ese momento gozaba de buena salud, moriría en un accidente. No fue el único vaticinio. También adelantó que Colo Colo, su equipo favorito de fútbol, ganaría al famoso cuadro Santos de Brasil, con el legendario Pelé a la cabeza, en el partido que ambas escuadras disputarían en el Estadio Nacional (28 de febrero de 1964). No sólo acertó el ganador. También lo hizo con el resultado, que fue un 3-2 favorable al cuadro chileno.

El niño creció con esa fama a cuestas, la que alimentó con aciertos y con un aura mística que se fue construyendo hasta transformar el supuesto don en una ingeniosa forma de ganarse la vida y acumular una pequeña fortuna que le permitía vivir con comodidades y hasta darse ciertos lujos.

Esa noche Carlos Segundo Avallay Corvalán, más conocido por su personaje radial "Don Carlos, el egipcio", se sentía extrañamente inquieto. Hacía tiempo que había comenzado a experimentar una enfermiza atracción por Lucía, la dependiente del almacén del pueblo, y estaba decidido a conquistarla a como diera lugar.

Astrólogo, mentalista y brujo, iba a recurrir a su viejo truco de tocarle la espalda con la punta de su cinturón de cuero de caballo, al mismo tiempo que debía pronunciar misteriosas palabras rituales en una lengua prohibida. Era un secreto que le había enseñado un brujo de Limache y según su testimonio, resultaba infalible. Frente a sus colegas brujos, con los que se reunía a medianoche, una vez al mes en un sector escondido del Cerro La Campana, se jactaba de que aquel método de seducción daba mejores resultados que las extrañas pócimas que también recomendaba y vendía a sus clientes que buscaban recuperar un amor perdido o bien comenzar alguno que parecía imposible.

Chicomito

-*Creo que deberíamos conocernos con más profundidad y seguir el camino de nuestros sentimientos e instintos*- le dijo a la muchacha, a quien triplicaba en edad, mientras terminaba su ritual de conquista.

Ella lo miró con desdén al principio, anticipando un rechazo. Pero sorprendentemente cambió su actitud inicial y le ofreció una prometedora sonrisa. Al brujo eso no le extrañó.

-*Me llaman la atención los hombres maduros*- dijo con algo de coquetería. *¿Con qué me ha tocado?*”, le preguntó.

-*Con mi corazón*”-, le respondió.

Una vez más Carlos el egipcio logró su cometido y la joven mujer se entregó sin oponer ninguna resistencia, disfrutando a plenitud cada caricia y cada acometida. El escenario de aquel encuentro fue la cama triangular del hombre, rodeada de extrañas figuras y junto a una mesa cubierta con figuras de la esfinge, amuleto que el astrólogo entregaba a sus consultantes para engordar la cuenta. Decía que poniendo aquella pequeña figura -que fabricaba un artesano de Peñaflores- apuntando hacia la puerta, el dinero entraría a raudales. Agregaba que si compraban dos figuras, debían situar la segunda en sentido contrario a la primera y al dinero se sumarían buena salud y éxito en el amor. Todos compraban dos y aseguraban a quien preguntara que la esfinge era milagrosa.

La vida de Carlos, el egipcio, deambulaba por senderos tortuosos, recónditos y misteriosos. Nunca sonreía, no obstante que se declaraba un hombre feliz. Siempre había en su rostro un dejo de amargura, la misma con la que trataba a sus clientes. Era extraño, pues quienes llegaban a su consulta terminaban amándolo, a pesar del trato. Diferente actitud mostraba cuando a su oficina llegaba alguna celebridad.

Chicomito

Entonces sacaba a relucir su mejor repertorio de consejos y no disimulaba su admiración por el visitante. *“Me conviene estar en la buena con la gente de la televisión y de la radio”*, solía repetir a los pocos amigos que tenía.

El encuentro con Lucía, que se repetiría por varios días, no le quitó la preocupación a Carlos. Este experimentaba una creciente inquietud por la baja de sus ingresos. Culpaba a la pandemia y antes al estallido social. Los clientes ya no entraban en la cantidad de años anteriores. Escaseaban quienes buscaban rehacer su matrimonio, encontrar un trabajo, sanar sus males y atraer a sus parejas. También desaparecían los clientes interesados en maldecir a sus enemigos, área que se desarrollaba bajo estrictas normas de discreción. Aquellos eran los que más pagaban. Carlos dominaba la magia blanca, como también la magia negra y estaba dispuesto a recibir dinero por hacer el bien, como también por lograr oscuros propósitos, incluyendo enfermedades y hasta la muerte.

-“Veó que la suerte comenzará a sonreírle; aquí se lee que tendrá una larga vida; también que le llegará una remesa de dinero, pero cuídalo, lo va a necesitar, pues alguien de su familia va a sufrir una enfermedad. Pero saldrá adelante y es posible que haya un viaje en su futuro”, era el rutinario discurso que repetía con extraño acento a cada cliente luego de tomarle ambas manos para examinar sus palmas.

Sobre los gastados jeans y un viejo suéter, Carlos vestía una túnica de lino con bordes dorados y sobre su cabeza una burda corona faraónica que adquirió en una tienda de disfraces de la Estación Central. La mayor parte de su clientela creía en el cuento de su nacionalidad exótica, aunque en realidad Carlos Segundo Avallay Corvalán había nacido hacía 75 años en Curarrehue y era hijo de campesinos.

Chicomito

Parte del éxito que había logrado en años anteriores, le había asegurado un buen ahorro que le permitía vivir con comodidad. Había invertido parte de ese dinero en la adquisición de dos propiedades que arrendaba y de un taxi que conducía su hermano menor. Pero la preocupación por la baja de ingresos le indujo a preparar a su primogénito, a quien llamaba Carlos Junior, para que siguiera sus pasos en el negocio de la adivinación.

-“Primero tienes que tener una buena relación con los periodistas y mantenerte informado de todo. Ellos pueden llegar en cualquier momento a preguntarte una opinión o a que des un vaticinio. También debes vestir bien, ya que siempre nos están invitando a la televisión o nos sacan fotos para el diario”- le aconsejaba.

El hijo, quien ya superaba los 30 años, le escuchaba con atención y hasta tomaba apuntes: *“Nunca te carrilees con los clientes. La mayor parte de ellos son mujeres que buscan amor. Siempre hay que darles esperanza, nunca desalentarlas. Si hay violencia intrafamiliar hay que aconsejarlas de recurrir a la ley. Los hombres vienen, porque buscan trabajo, rara vez acuden por cosas del amor. Son demasiado orgullosos para reconocerlo. Pero por sobre todas las cosas, siempre hay que dar mensajes positivos, hacer que el cliente se sienta bien. Podemos decir que puede enfermarse, pero que sanará, nunca que empeorará”.*

Carlos hablaba con cierta dificultad. Un año atrás le habían diagnosticado la Enfermedad de Parkinson. También padecía de Diabetes y de hipertensión. La buena mesa y la vida disipada, le estaba cobrando.

A medida que pasaban los meses el brujo Carlos iba perdiendo importancia y el desarrollo del mundo lo superaba. Por el contrario, Carlos Junior, el hijo que seguía sus pasos, dejó atrás la falsa ascendencia egipcia. Se había adaptado al progreso y gran parte de su labor estaba ligada a las redes sociales y, en general, a Internet.

Chicomito

Creó una página WEB e inventó las sesiones virtuales por video llamadas en el Whatsapp, previa transferencia a su cuenta RUT. Aseguraba que los pagos eran donaciones, lo cual lo liberaba de obligaciones tributarias.

Carlos veía con buenos ojos el desempeño de su hijo y no disimulaba su orgullo: *“De tal palo, tal astilla”* repetía sentado en su silla de ruedas. *“Ojalá que su madre lo viera, pero ella decidió partir al más allá antes de tiempo”*, balbuceaba hablando con nadie.

La demencia senil llegó para El Egipcio a paso galopante. El hijo contrató una enfermera a tiempo completo, ya que el negocio había prosperado y lo permitía. Los clientes hacían fila hasta la calle esperando una solución a sus problemas. Le tenían fe a Roberto y él lo sabía. Mientras, Carlos El Egipcio, permanecía en sus habitaciones debidamente aseguradas para que nadie lo viera, encerrado en su mundo sin recuerdos, sin esperanzas y sin amigos.

Entonces Carlos El Egipcio dio su último vaticinio: *“Moriré la próxima semana”*.

Y así fue.

FIN

